

# MUJERES EN LA LUZ

Elías Hacha

TODAS LAS MADRES, LA MADRE.

## I

Desnudo y sucio aún,  
por primera vez sobre mi pecho,  
te siento como a un dios.  
Y mi mirada, por verte,  
también es la mirada de un dios.  
¡Recién nacida, como tú!

No era más que una pobre muchacha  
asustada y temerosa entre los hombres.  
Ahora te veo, rosa de mi vientre,  
veo tus pupilas grises  
y tus manos diminutas y perfectas,  
tu expresión regia y distante,  
tus labios golosos que exigirán mi pecho,  
tu pobreza infinita,  
tu pureza como un puñal de luz  
clavado ya por siempre  
en el centro exacto donde late mi sangre,  
cuerpo de mi cuerpo,  
vida de mi vida.

Veo en ti el fruto perfecto de mi amor  
y la fuerza que sostiene las estrellas  
se concentra en el pulso de mis manos.  
Mujer ya, sin temor.  
Mujer entre mujeres.

## II

Contra mí te sostengo,  
desnudo y cálido.  
Tu olor me abre las puertas  
de un mundo cargado de promesas  
que apenas intuía,  
tu peso leve es la ternura misma  
sobre la flácida piel de mi regazo.  
Como a un dios, sí, como a un dios te veo  
que llenas de oro el aire,  
como a un dios que colmas  
de exquisito sabor mi paladar,  
como a un dios que me dejas  
aspirar el incienso de tu aroma,  
subir a tu morada  
y refugiar mis sueños nuevos de mujer  
en tu mano que se aferra un instante a mi trenza,  
entre las arrugas minúsculas de tus pies,  
en el gemido débil que rompe en tu garganta.

¿Me traerá un castigo tanta dicha?  
¿Está permitido tal sentir  
a quien sólo es mujer entre mujeres?  
Así debe ser. Nada he robado.  
Ningún sacrilegio he cometido.  
La naturaleza ha tejido mi corona  
y eres tú, pequeño dios,  
quien la sostiene sobre mi cabeza.  
Y si ahora conozco cómo aman los dioses  
es por ti, para ti,  
porque no mereces,  
mi niño pequeño que miras sin palabras,  
mi señor, no mereces  
sino esta forma de ser amado.

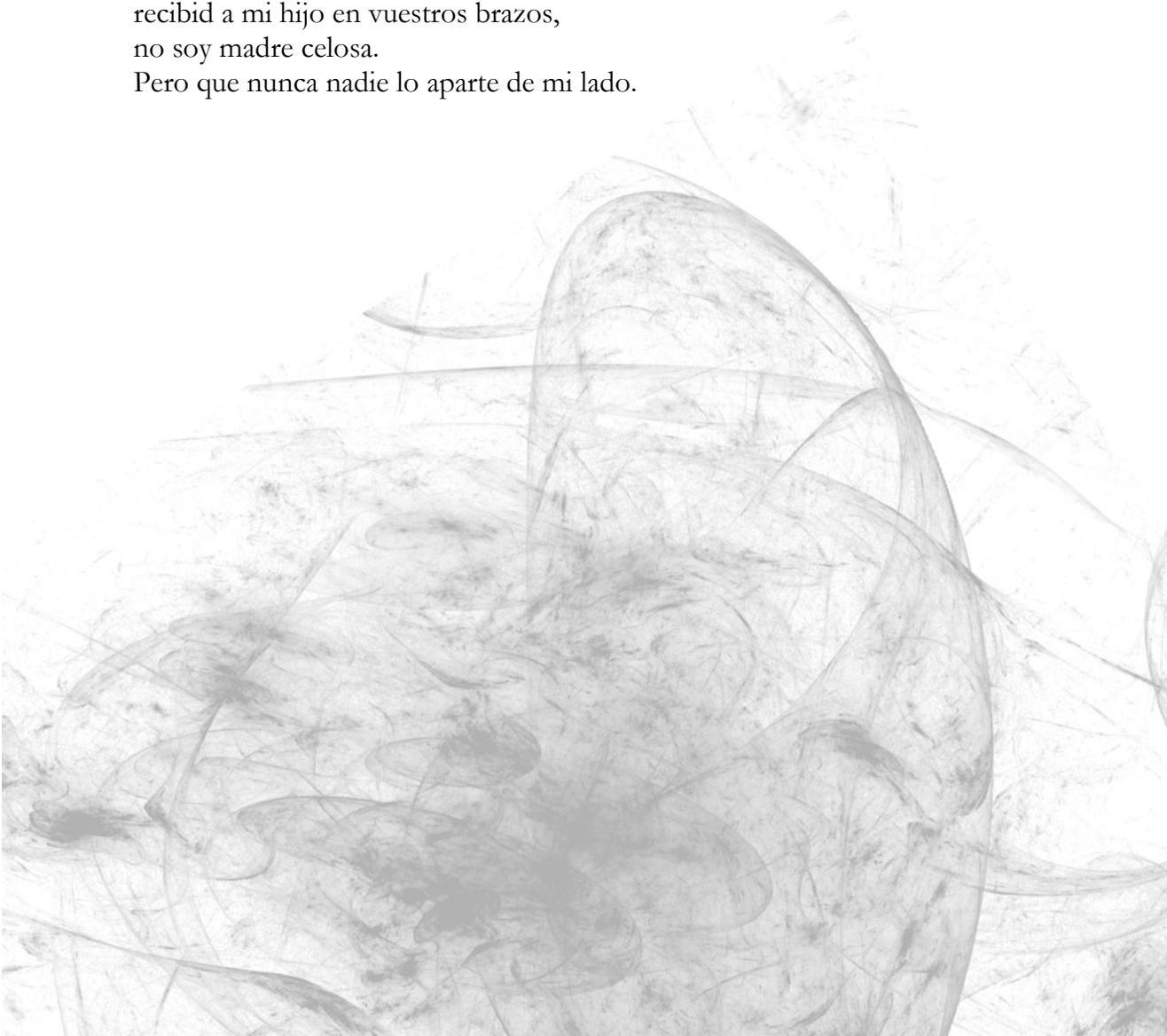
### III

¿Cómo acabar mi canto  
si apenas nada dije?  
¿Cómo mostrar apenas  
este amor singular  
con palabras humanas?  
Que estalle mi silencio  
y atraviese las nubes,  
y suba hasta los astros más lejanos del cielo  
mi silencioso amor,  
esta risa divina que embriaga mi alma.  
¡Mi risa hacia los cielos!  
¡Y la leche de mis pechos,  
como un manantial inmaculado de sentido,  
que inunde el universo  
cuando tú lo requieras!  
¡El maternal murmullo de la gloria  
que brota de mi cuerpo,  
este aleteo de fuego dorado  
en mis entrañas,  
estas campanas de plata y de jilgueros  
que habitan mis brazos  
y mis piernas,  
este sol arco iris que acrece mi vigilia...!  
Salga hacia ellos,  
hacia los hombres todos,  
hacia todo ser vivo, este murmullo,  
este aleteo, este son argentino,  
esta luz viva, este fuego  
que ha prendido en mí tu mirada,  
tu mirada, mi niño,  
mi rey soberano.



## IV

Y ahora, miradme. Miradme  
vosotros los que me conocéis,  
los que siempre he querido:  
Vosotros veréis el manto  
de estrellas que me cubre,  
veréis como la tierra  
bajo mis pies es cielo,  
veréis mis pechos henchidos  
de mi leche y de su gracia.  
Recoged, vosotros,  
los que siempre he querido,  
el don que se me otorga,  
tomadlo, miradlo,  
recibid a mi hijo en vuestros brazos,  
no soy madre celosa.  
Pero que nunca nadie lo aparte de mi lado.



I

Quiero creer que estás.  
Que sigues siendo tú.

Sobre ti fue cayendo  
un implacable velo  
de cruel desmemoria.

Tu reloj, tu mechero,  
tus llaves... cuántas veces  
tuvimos que buscarlos;  
tu gorra, tu paraguas...

Después fueron tus libros,  
y había que calmarte  
porque no perdonabas  
a tu cabeza enferma  
aquel retraso absurdo  
de tu horario sagrado  
de diaria lectura.

Más tarde, el mundo todo.  
Olvidabas las citas,  
los planes que teníamos,  
lo que ayer almorzamos,  
el cajón de tus sellos,  
el día, el mes, el año.  
Te sublevabas, claro,  
con una rabia ciega.  
Y había que calmarte.

Me convertí en notaria  
del mínimo detalle  
que en tu vida importara.  
Para contarte siempre,  
para siempre asistirte.

Así fui tu pasado.

## II

Quiero creer que estás.  
Que sigues siendo tú.

Poco a poco se fue  
confundiendo tu lengua.

A veces no atinabas  
el nombre de algo simple,  
como un pequeño olvido  
que se sumaba a tantos.

Pero pronto sufriste  
la angustiada impotencia  
de no acertar a dar  
un recado reciente,  
de no tener respuesta  
a un sencillo saludo,  
de no poder decirme  
qué querías de cena.

Y crecía tu silencio  
como una marea negra  
que todo lo secaba,  
y aumentaba tu rabia,  
y había que calmarte.

Tuve yo que volverme  
adivina de gestos,  
hacerme especialista  
en leer tu mirada.  
Así fui tu palabra.



### III

Quiero creer que estás.  
Que sigues siendo tú.

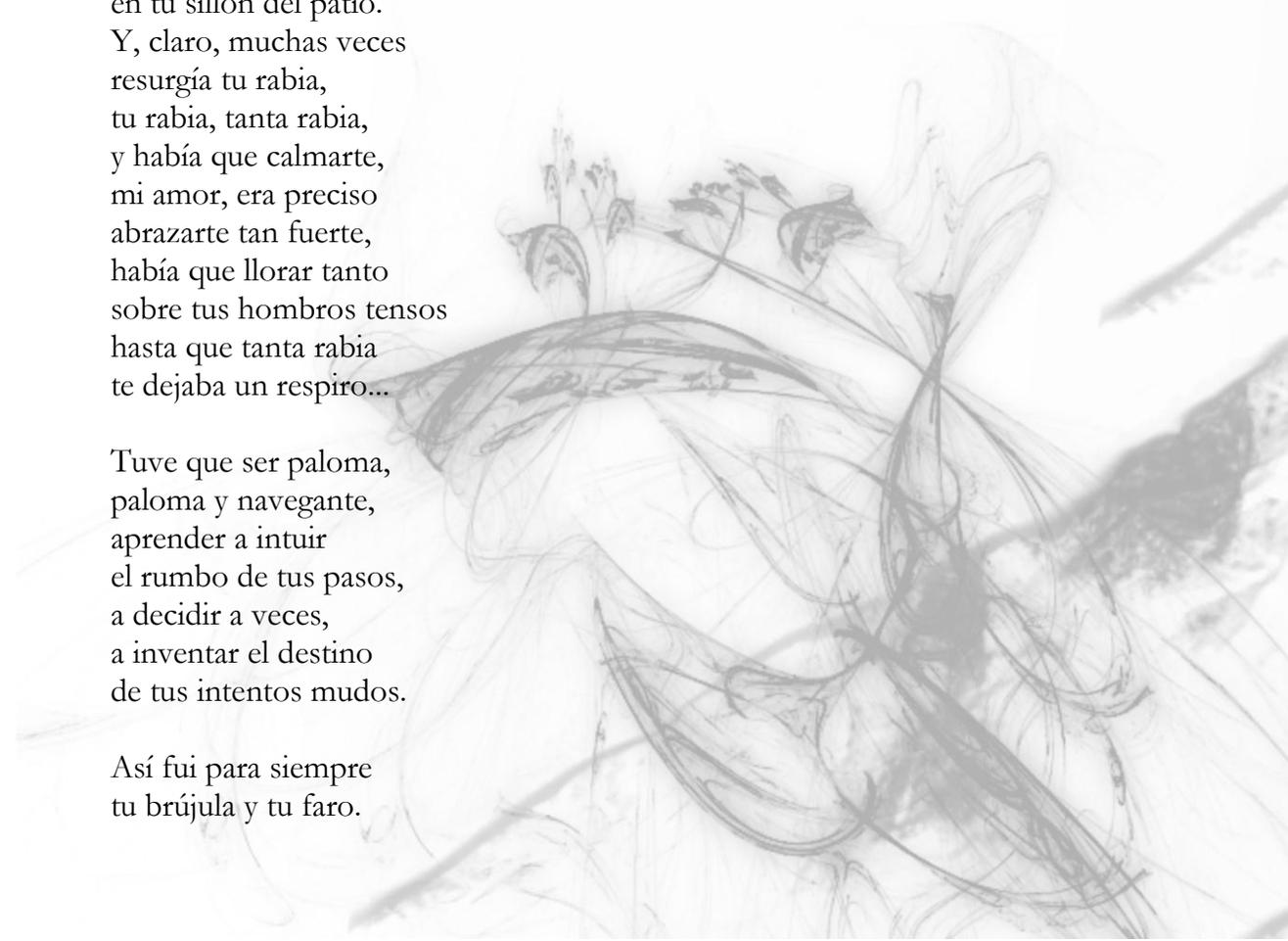
Se voló la paloma  
que orientaba tus pasos.

Un día un autobús  
que tomaste al azar  
te llevó lejos, lejos.  
Ya no anduviste más  
tú solo por la calle.

Luego, en la misma casa  
tus pasos se perdían.  
Había que llevarte  
del brazo hasta el aseo;  
o te quedabas quieto  
junto a la lavadora  
en lugar de sentarte  
en tu sillón del patio.  
Y, claro, muchas veces  
resurgía tu rabia,  
tu rabia, tanta rabia,  
y había que calmarte,  
mi amor, era preciso  
abrazarte tan fuerte,  
había que llorar tanto  
sobre tus hombros tensos  
hasta que tanta rabia  
te dejaba un respiro...

Tuve que ser paloma,  
paloma y navegante,  
aprender a intuir  
el rumbo de tus pasos,  
a decidir a veces,  
a inventar el destino  
de tus intentos mudos.

Así fui para siempre  
tu brújula y tu faro.



## IV

Quiero creer que estás.  
Que sigues siendo tú.

Ahora pasan los días  
sin que me reconozcas.  
Quizás hayas perdido  
hasta tu viejo ser.

Da igual. Yo seré tú.

Mientras resista tu cuerpo,  
ante mí tu frágil cuerpo,  
yo te daré, como siempre,  
mi memoria, mis pasos, mi palabra,  
mi calor cuando la noche caiga,  
y te llamaré esposo, como siempre,  
en el único lugar con la única flor pequeña y triste  
que aún resiste en mi corazón,  
mi último consuelo,  
el último refugio de tanto como te he amado,  
de tanto como te sigo amando.

